

D. DIEGO.

Sí, prendas de mi alma... Sí.
(*Los hace levantar con espresiones de ternura.*)

D.^a. IRENE.

¿Y es posible que V. se determine á hacer un sacrificio...

D. DIEGO.

Yo pude separarlos para siempre, y gozar tranquilamente la posesion de esta niña amable; pero mi conciencia no lo sufre... Carlos!... Paquita! ¡Que dolorosa impresion me deja en el alma el esfuerzo que acabo de hacer!... Porque, al fin, soy hombre miserable y débil.

D. CARLOS, besándole las manos.

Si nuestro amor, si nuestro agradecimiento pueden bastar á consolar á V. en tanta pérdida...

D.^a. IRENE.

¡ Con que el bueno de don Carlos! Vaya que...

D. DIEGO.

Él y su hija de V. estaban locos de amor, mientras V. y las tias fundaban castillos en el aire, y me llenaban la cabeza de ilusiones, que han desaparecido como un sueño... Esto resulta del abuso de la autoridad, de la opresion que la juventud padece: estas son las seguridades que dan los padres y los tutores, y esto lo que se debe fiar en el sí de las niñas... Por una casualidad he sabido á tiempo el error en que estaba... ¡ Ay de aquellos que lo saben tarde!

D.^a. IRENE.

En fin, Dios los haga buenos, y

que por muchos años se gocen.... Venga V. acá, señor, venga V., que quiero abrazarle.... (*Abrázanse don Carlos y doña Irene: doña Francisca se arrodilla y la besa la mano.*) Hija, Francisquita. Vaya! Buena eleccion has tenido... Ciertamente es un mozo muy galan... Morenillo, pero tiene un mirar de ojos muy hechicero.

RITA.

Sí, dígaselo V., que no lo ha reparado la niña... Señorita, un millon de besos.

(*Doña Francisca y Rita se besan, manifestando mucho contento.*)

D.^a. FRANCISCA.

¿Pero ves que alegría tan grande?.. Y tú, como me quieres tanto... siempre, siempre serás mi amiga.

D. DIEGO.

Paquita hermosa, (*Abraza á doña Francisca.*) recibe los primeros abrazos de tu nuevo padre... No temo ya la soledad terrible que amenazaba á mi vejez... Vosotros (*Asiendo de las manos á doña Francisca y á don Carlos.*) seréis la delicia de mi corazon; y el primer fruto de vuestro amor... sí, hijos, aquel... no hay remedio, aquel es para mí. Y cuando le acaricie en mis brazos podré decir: á mi me debe su existencia este niño inocente; si sus padres viven, si son felices, yo he sido la causa.

D. CARLOS.

¡ Bendita sea tanta bondad!

D. DIEGO.

Hijos, bendita sea la de Dios.

La Escuela de los maridos.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

La Escuela de los maridos.

PERSONAS.

DON GREGORIO.	DOÑA LEONOR.	COSME.	UN LACAYO.
DON MANUEL.	JULIANA.	UN COMISARIO.	UN CRIADO.
DOÑA ROSA.	DON ENRIQUE.	UN ESCRIBANO.	No hablan.

La escena es en Madrid, en la plazuela de los Afligidos.

La primera casa á mano derecha inmediata al proscenio es la de D. Gregorio, y la de enfrente la de D. Manuel. Al fin de la acera, junto al foro, está la de D. Enrique, y al otro lado la del Comisario. Habrá salidas de calle practicables para salir y entrar los personajes de la comedia.

La acción empieza á las cinco de la tarde, y acaba á las ocho de la noche.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON MANUEL, DON GREGORIO.

D. GREGORIO.

Y por último, señor don Manuel, aunque V. es en efecto mi hermano mayor, yo no pienso seguir sus correcciones de V. ni sus ejemplos. Haré lo que guste, y nada mas; y me va muy lindamente con hacerlo así.

D. MANUEL.

Ya; pero das lugar á que todos se burlen, y...

D. GREGORIO.

¿Y quien se burla? Otros tan mentecatos como tú.

D. MANUEL.

Mil gracias por la atención, señor don Gregorio.

D. GREGORIO.

Y bien, ¿qué dicen esos graves censores? ¿Qué hallan en mí que merezca su desaprobación?

D. MANUEL.

Desaprueban la rusticidad de tu carácter, esa aspereza que te aparta del trato y los placeres honestos de la sociedad, esa extravagancia que te hace tan ridiculo en cuanto piensas y dices y obras, y hasta en el modo de vestir te singulariza.

D. GREGORIO.

En eso tienen razón, y conozco lo mal que hago en no seguir puntualmente lo que manda la moda; en no proponerme por modelo á los mocitos evaporados, casquivanos y pisaverdes. Si así lo hiciera, estoy bien seguro de que mi hermano mayor me lo aplaudiría; porque, gracias á Dios, le veo acomodarse puntualmente á cuantas locuras adoptan los otros.

D. MANUEL.

¿Es raro empeño el que has tomado de recordarme tan á menudo que soy viejo! Tan viejo soy, que te llevo dos

Antonio Lafont

años de ventaja; yo he cumplido cuarenta y cinco, y tú cuarenta y tres; pero aunque los míos fuesen muchos más, ¿sería esta una razón para que me culparas el ser tratable con las gentes, el tener buen humor, el gustar de vestirme con decencia, andar limpio, y... ¿Pues qué, la vejez nos condena por ventura á aborrecerlo todo, á no pensar en otra cosa que en la muerte? ¿O deberíamos añadir á la deformidad que traen los años consigo un desaliño voluntario, una sordez que repugne á cuantos nos vean; y sobre todo, un mal humor y un ceño que nadie pueda sufrir? Yo te aseguro que si no mudas de sistema, la pobre Rosita será poco feliz con un marido tan impertinente como tú, y que el matrimonio que la previenes será tal vez un origen de disgustos y de recíproco aborrecimiento, que....

D. GREGORIO.

La pobre Rosita vivirá más dichosa conmigo, que su hermanita la pobre Leonor destinada á ser esposa de un caballero de tus prendas y de tu mérito. Cada uno procede y discurre como le parece, señor hermano... Las dos son huérfanas; su padre, amigo nuestro, nos dejó encargada al tiempo de su muerte la educación de entrambas; y previno que si andando el tiempo queríamos casarnos con ellas, desde luego aprobaba y bendecía esta unión; y en caso de no verificarse, esperaba que las buscaríamos una colocación proporcionada, fiándolo todo á nuestra honradez y á la mucha amistad que con él tuvimos. En efecto, nos dió sobre ellas la autoridad de tutor, de padre y esposo. Tú te encargaste de cuidar de Leonor, y yo de Rosita: tú has enseñado á la tuya como has querido, y yo á la mía como me ha dado la gana, ¿estamos?

D. MANUEL.

Sí; pero me parece á mí...

D. GREGORIO.

Lo que á mí me parece es que V. no ha sabido educar la suya; pero repito que cada cual puede hacer en esto lo que más le agrade. Tú consientes que la tuya sea despejada y libre y pispireta: séalo en buen hora. Permites que tenga criadas, y se deje servir como una señorita: lindamente. La das ensanches para pasearse por el lugar, ir á visitas, y oír las dulzuras de tanto enamorado zascandil: muy bien hecho. Pero yo pretendo que la mía viva á mi gusto, y no al suyo; que se ponga un juboncito de estameña; que no me gaste zapatos de color sino los días en que repican recio; que se esté quietecita en casa, como conviene á una doncella virtuosa; que acuda á todo; que barra, que limpie, y cuando haya concluido estas ocupaciones, me remiende la ropa y haga calceta. Esto es lo que quiero; y que nunca oiga las tiernas quejas de los mozalbetes antojadizos; que no hable con nadie, ni con el gato, sin tener escucha; que no salga de casa jamás sin llevar escolta... La carne es frágil, señor mío: yo veo los trabajos que pasan otros; y puesto que ha de ser mi mujer, quiero asegurarme de su conducta, y no esponerme á aumentar el número de los maridos zanguangos.

ESCENA II.

DOÑA LEONOR, DOÑA ROSA,
JULIANA, DON GREGORIO,
DON MANUEL.

(Las tres salen con mantilla y basquiña de casa de don Gregorio, y hablan inmediatamente á la puerta.)

D. LEONOR.

No te dé cuidado. Si te riñe, yo me encargo de responderle.

JULIANA.

¡Siempre metida en un cuarto, sin ver la calle, ni poder hablar con persona humana! ¡Que fastidio!

D. LEONOR.

Mucha lástima tengo de tí.

D. ROSA.

Milagro es que no me haya dejado debajo de llave, ó me haya llevado consigo, que aun es peor.

JULIANA.

Le echaria yo más alto que...

D. GREGORIO.

Oiga! ¿Y á donde van Vds., niñas?

D. LEONOR.

La he dicho á Rosita que se venga conmigo para que se esparza un poco. Saldremos por aquí por la puerta de San Bernardino, y entraremos por la de Fuencarral. Don Manuel nos hará el gusto de acompañarnos...

D. MANUEL.

Si por cierto: vamos allá.

D. LEONOR.

Y mire V.: yo me quedo á merendar en casa de doña Beatriz... Me ha dicho tantas veces que porque no llevo á esta por allá, que ya no sé qué decirle: con que, si V. quiere, irá conmigo esta tarde; merendaremos, nos divertiremos un rato por el jardín, y al anochecer estamos de vuelta.

D. GREGORIO.

Usted (*A doña Leonor, á Juliana, á don Manuel y á doña Rosa, según lo indica el diálogo.*) puede irse á donde guste: V. puede ir con ella... Tal para cual. V. puede acompañarlas si lo tiene á bien; y V. á casa.

D. MANUEL.

Pero, hermano, déjalas que se diviertan, y que...

D. GREGORIO.

A más ver.

(Coge del brazo á doña Rosa, haciendo ademán de entrarse con ella en su casa.)

D. MANUEL.

La juventud necesita...

D. GREGORIO.

La juventud es loca, y la vejez es loca también muchas veces.

D. MANUEL.

Pero ¿hay algún inconveniente en que se vaya con su hermana?

D. GREGORIO.

No, ninguno; pero conmigo está mucho mejor.

D. MANUEL.

Considera que...

D. GREGORIO.

Considero que debe hacer lo que yo la mande.... y considero que me interesa mucho su conducta.

D. MANUEL.

Pero ¿piensas tú que me será indiferente á mí la de su hermana?

JULIANA, aparte.

¡Tuerto maldito!

D. ROSA.

No creo que tiene V. motivo ninguno para...

D. GREGORIO.

Usted calle, señorita, que ya la explicaré yo á V. si es bien hecho querer salir de casa sin que yo se lo proponga, y la lleve, y la traiga, y la cuide.

D. LEONOR.

Pero ¿qué quiere V. decir con eso?

D. GREGORIO.

Señora doña Leonor, con V. no va nada. V. es una doncella muy prudente. No hablo con V.

D. LEONOR.

Pero ¿piensa V. que mi hermana estará mal en mi compañía?

D. GREGORIO.

¡Oh, que apurar! (*Suelta el brazo de doña Rosa y se acerca adonde están*)

los demas.) No estará muy bien, no señora; y hablando en plata, las visitas que V. la hace me agradan poco, y el mayor favor que V. puede hacerme, es el de no volver por acá.

D.^a. LEONOR.

Mire V., señor don Gregorio, usando con V. de la misma franqueza, le digo que yo no sé como ella tomará semejantes procedimientos; pero bien adivino el efecto que haria en mí una desconfianza tan injusta. Mi hermana es; pero dejaria de tener mi sangre, si fuesen capaces de inspirarla amor esos modales feroces, y esa opresion en que V. la tiene.

JULIANA.

Y dice bien. Todos esos cuidados son cosa insufrible. ¡Encerrar de esa manera á las mugeres! Pues qué, ¿estamos entre Turcos, que dicen que las tienen allá como esclavas, y que por eso son malditos de Dios? ¡Vaya, que nuestro honor debe ser cosa bien quebradiza, si tanto afan se necesita para conservarle! Y qué, ¿piensa V. que todas esas precauciones pueden estorbarnos el hacer nuestra santísima voluntad? Pues no lo crea V.; y al hombre mas ladino le volvemos tarumba cuando se nos pone en la cabeza burlarle y confundirle. Ese encerramiento y esas centinelas son ilusiones de locos, y lo mas seguro es fiarse de nosotras. El que nos oprime, á grandísimo peligro se espone; nuestro honor se guarda á sí mismo, y el que tanto se afana en cuidar de él, no hace otra cosa que despertarnos el apetito. Yo de mí sé decir, que si me tocara en suerte un marido tan caviloso como V. y tan desconfiado, por el nombre que tengo que me las habia de pagar.

D. GREGORIO.

Mira la buena enseñanza que das á

tu familia, ves? ¿Y lo sufres con tanta paciencia?

D. MANUEL.

En lo que ha dicho no hallo motivos de enfadarme, sino de reir; y bien considerado no la falta razon. Su sexo necesita un poco de libertad, Gregorio, y el rigor excesivo no es á propósito para contenerle. La virtud de las esposas y de las doncellas no se debe ni á la vigilancia mas suspicaz, ni á las celosias, ni á los cerrojos. Bien poco estimable seria una muger, si solo fuese honesta por necesidad y no por eleccion. En vano queremos dirigir su conducta, si antes de todó no procuramos merecer su confianza y su cariño. Yo te aseguro que, á pesar de todas las precauciones imaginables, siempre temeria que peligrase mi honor en manos de una persona á quien solo faltase la ocasion de ofenderme, si por otra parte la sobran los deseos.

D. GREGORIO.

Todo eso que dices no vale nada.

(Juliana se acerca á doña Rosa, que estará algo apartada. Don Gregorio lo advierte, la mira con enojo, y Juliana vuelve á retirarse.)

D. MANUEL.

Será lo que tú quieras.... Pero insisto en que es menester instruir á la juventud con la risa en los labios, reprender sus defectos con grandísima dulzura, y hacerla que ame la virtud, no que á su nombre se atemorice. Estas máximas he seguido en la educacion de Leonor. Nunca he mirado como delito sus desahogos inocentes, nunca me he negado á complacer aquellas inclinaciones que son propias de la primera edad; y te aseguro que hasta ahora no me ha dado motivos de arrepentirme. La he permitido que vaya á concurrencias, á diversiones,

que baile, que frecuente los teatros; porque en mi opinion (suponiendo siempre los buenos principios) contribuye mucho á rectificar el juicio de los jóvenes. Y á la verdad, si hemos de vivir en el mundo, la escuela del mundo instruye acaso tanto como los libros mas doctos. Su padre dispuso que fuera mi muger; pero estoy bien lejos de tiranizarla: para ninguna cosa la daré mayor libertad que para esta resolucion, porque no debo olvidarme de la diferencia que hay entre sus años y los míos. Mas quiero verla agena, que poseerla á costa de la menor repugnancia suya.

D. GREGORIO.

¡Que blandura, que suavidad! Todo es miel y almibar... Pero permítame V. que le diga, señor hermano, que cuando se ha concedido en los primeros años demasiada holgura á una niña, es muy difícil ó acaso imposible el sujetarla despues, y que se verá V. sumamente embrollado cuando su pupila sea ya su muger, y por consecuencia tenga que mudar de vida y costumbres.

D. MANUEL.

Y ¿porque ha de hacerse esa mudanza?

D. GREGORIO.

Porque?

D. MANUEL.

Si.

D. GREGORIO.

No sé. Si V. no lo alcanza, yo no lo sé tampoco.

D. MANUEL.

¿Pues hay algo en eso contra la estimacion?

D. GREGORIO.

Calle! ¿Con que si V. se casa con ella, la dejará vivir en la misma santa libertad que ha tenido hasta ahora?

D. MANUEL.

¿Y porque no?

D. GREGORIO.

¿Y consentirá que gaste blondas y cintas y flores y abaniquitos de antejo y...

D. MANUEL.

Sin duda.

D. GREGORIO.

¿Y que vaya al Prado y á la comedia con otras cabecillas, y habrá simoniacos y merienda en el rio, y...

D. MANUEL.

Cuando ella quiera.

D. GREGORIO.

¿Y tendrá V. conversacion en casa, chocolate, lotería, baile, forte-piano y coplitas italianas?

D. MANUEL.

Preciso.

D. GREGORIO.

¿Y la señorita oirá las impertinencias de tanto galan amartelado?

D. MANUEL.

Si no es sorda.

D. GREGORIO.

¿Y V. callará á todo, y lo verá con ánimo tranquilo?

D. MANUEL.

Pues ya se supone.

D. GREGORIO.

Quítate de ahí que eres un loco.... Vaya V. adentro, niña: V. no debe asistir á pláticas tan indecentes.

(Hace entrar en su casa á doña Rosa apresuradamente, cierra la puerta, y se pasea colérico por el teatro.)

ESCENA III.

DON MANUEL, DON GREGORIO, DOÑA LEONOR, JULIANA.

D. MANUEL.

Ya te lo he dicho. La que sea mi esposa vivirá conmigo en libertad ho-

nesta; la trataré bien, haré estimación de ella, y probablemente responderá como debe á este amor y á esta confianza.

D. GREGORIO.

Oh! que gusto he de tener cuando la tal esposa le...

D. MANUEL.

Qué?... Vamos, acaba de decirlo.

D. GREGORIO.

¡Que gusto ha de ser para mí!

D. MANUEL.

Yo ignoro cual será mi suerte; pero creo que si no te sucede á ti el chasco pesado que me pronosticas, no será ciertamente por no haber hecho de tu parte cuantas diligencias son necesarias para que suceda.

D. GREGORIO.

Sí, rie, búrlate. Ya llegará la mía, y veremos entonces cual de los dos tiene mas gana de reir.

D.^a. LEONOR.

Yo le aseguro del peligro con que V. le amenaza, señor don Gregorio, y desprecio la infame sospecha que V. se atreve á suscitar delante de mí. Yo le prometo, si llega el caso de que este matrimonio se verifique, que su honor no padezca, porque me estimo á mí propia en mucho; pero si V. hubiera de ser mi marido, en verdad que no me atrevería á decir otro tanto.

JULIANA.

Realmente es cargo de conciencia con los que nos tratan bien, y hacen confianza de nosotras; pero con hombres como V., pan bendito.

D. GREGORIO.

Vaya enhoramala, habladora, desvergonzada, insolente.

D. MANUEL.

Tú tienes la culpa de que ella hable así... Vamos, Leonor. Allá te dejaré

con tus amigas, y yo me volveré á despachar el correo.

D.^a. LEONOR.

Pero ¿no irá V. por mí?

D. MANUEL.

¿Qué sé yo? Si no he ido al anochecer, el criado de doña Beatriz puede acompañarnos. A Dios, Gregorio. Con que quedamos en que es menester mudar de humor, y en que esto de encerrar á las mugeres es mucho desatino. Soy criado de V. (*Don Manuel y las dos mugeres se van por una de las calles.*)

D. GREGORIO.

Yo no soy criado de V. Vaya V. con Dios.

ESCENA IV.

DON GREGORIO.

Dios los cria, y ellos se juntan.... ¡Que familia! Un hombre maduro empeñado en vivir como un mancebito de primera tijera; una solterita desenfadada y muger de mundo; unos criados sin vergüenza ni.... No, la prudencia misma no bastaría á corregir los desórdenes de semejante casa... Lo peor es que Rosita no aprenderá cosa buena con estos ejemplos, y tal vez pudieran malograrse las ideas de recogimiento y virtud que he sabido inspirarla.... Pondremos remedio.... Muy buena es la plazuela de Aflijidos, pero en Griñon estará mejor. Sí, cuanto antes; y allí volverá á divertirse con sus lechugas y sus gallinitas.

ESCENA V.

DON ENRIQUE, COSME, DON GREGORIO.

(*Salen los dos primeros de la casa de don Enrique, y observan á don Gregorio, que estará distante.*)

COSME.

¿Es él?

D. ENRIQUE.

Sí, él es; el cruel tutor de la hermosa prisionera que adoro.

D. GREGORIO.

Pero ¿no es cosa de aturdirse al ver la corrupcion actual de las costumbres...

D. ENRIQUE.

Quisiera vencer mi repugnancia, hablar con él, y ver si logro de alguna manera introducirme.

D. GREGORIO.

En vez de aquella severidad que caracterizaba la honradez antigua (*Se acerca un poco don Enrique por el lado derecho de don Gregorio, y le hace cortesía.*), no vemos en nuestra juventud sino escesos de inobediencia, libertinaje y...

D. ENRIQUE.

Pero ¿este hombre no ve?

COSME.

Ay! es verdad. Ya no me acordaba. Si este es el lado del ojo huero. Vamos por el otro.

(*Hace que don Enrique pase por detrás de don Gregorio al lado opuesto.*)

D. GREGORIO.

No, no, no... Es preciso salir de aquí. Mi permanencia en la Corte no pudiera menos de...

(*Estornuda y se suena.*)

D. ENRIQUE.

No hay remedio; yo quiero introducirme con él.

D. GREGORIO.

Eh? (*Se vuelve hácia el lado derecho, y no viendo á nadie, prosigue su discurso.*) Pensé que hablaban... A lo menos en un lugar, bendito Dios, no se ven estas locuras de por aquí.

COSME.

Acérquese V.

D. GREGORIO.

¿Quien va? (*Vuelve por el lado derecho; se rasca la oreja, y al concluir una vuelta entera, repara en don Enrique, que le hace cortesías con el sombrero. Don Gregorio se aparta, y don Enrique se le va acercando.*) Las orejas me zumban... Allí todas las diversiones de las muchachas se reducen á... ¿Es á mí?

COSME.

Animo.

D. GREGORIO.

Allí ninguno de estos barbilindos viene con sus... ¡Qué diablos!... Dale!... ¡Vaya, que el hombre es atento!

D. ENRIQUE.

Mucho sentiria, caballero, haberle distraído á V. de sus meditaciones.

D. GREGORIO.

En efecto.

D. ENRIQUE.

Pero la oportunidad de conocer á V., que ahora se me presenta, es para mí una fortuna, una satisfaccion tan apetecible, que no he podido resistir al deseo de saludarle...

D. GREGORIO.

Bien.

D. ENRIQUE.

Y de manifestarle á V. con la mayor sinceridad cuanto celebraria poderme ocupar en servicio suyo.

D. GREGORIO.

Lo estimo.

D. ENRIQUE.

Tengo la dicha de ser vecino de V.,

en lo cual debo estar muy agradecido á mi suerte, que me proporciona....

D. GREGORIO.

Muy bien.

D. ENRIQUE.

¿Y sabe V. las noticias que hoy tenemos? En la Corte aseguran como cosa muy positiva...

D. GREGORIO.

¿Qué me importa?

D. ENRIQUE.

Ya; pero á veces tiene uno curiosidad de saber novedades, v...

D. GREGORIO.

Eh!

D. ENRIQUE.

Realmente *(Después de una larga pausa prosigue don Enrique. Se pára, deseando que don Gregorio le conteste; y viendo que no lo hace, sigue hablando.)* Madrid es un pueblo en que se disfrutan mas comodidades y diversiones que en otra parte... Las provincias en comparacion de esto... Ya se ve, ¡aquella soledad, aquella monotonía!... Y V. ¿en qué pasa el tiempo?

D. GREGORIO.

En mis negocios.

D. ENRIQUE.

Si; pero el ánimo necesita descanso, y á las veces se rinde por la demasiada aplicacion á los asuntos graves... Y de noche, antes de recogerse, ¿qué hace V.?

D. GREGORIO.

Lo que me da la gana.

D. ENRIQUE.

Muy bien dicho. La respuesta es exactísima, y desde luego se echa de ver su prudencia de V. en no querer hacer cosa que no sea muy de su agrado. Cierto que... Yo, si V. no estuviese muy ocupado, pasaria, así, al-

gunas noches á su casa de V., y...

D. GREGORIO.

Agur.

(Atraviesa por entre los dos, se entra en su casa, y cierra.)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, COSME.

D. ENRIQUE.

¿Qué te parece, Cosme? ¿Ves qué hombre este?

COSME.

Asperillo es de condicion, y amargo de respuestas.

D. ENRIQUE.

Ah! ¡Yo me desespero!

COSME.

¿Y porque?

D. ENRIQUE.

¿Eso me preguntas? Porque veo sin libertad á la prenda que mas estimo, en poder de ese bárbaro, de ese dragon vigilante que la guarda y la oprime.

COSME.

Auto en favor. Eso que á V. le apesadumbra, debiera hacerle concebir mayor esperanza. Sepa V., señor don Enrique, para que se tranquilice y se consuele, que una muger á quien celan y guardan mucho, está ya medio conquistada; y que el mal humor de los maridos y de los padres no hace otra cosa que adelantar las pretensiones del galan. Yo no soy enamorado, ni entiendo de esos filis; pero muchas veces oí decir á algunos de mis amos anteriores (corsarios de profesion), que no habia para ellos mayor gusto que el de hallarse con uno de estos maridos fastidiosos, groseros, regañones, atisbadores, impertinentes, cavilosos, coléricos, que armados con la autoridad de maridos, á vista de los amantes de su muger, la

D. ENRIQUE.

No sé qué decir. Bien me ha visto que la sigo á todas partes, y que me recato de que su tutor repare en mí. Cuando la lleva á misa á San Márcos, allí estoy yo; si alguna vez se va á pasear con ella hácia la Florida, al Cementerio ó al camino de Maudés, siempre la he seguido á lo lejos. Cuando he podido acercarme, bien he procurado que lea en mis ojos lo que padece mi corazon; pero ¿quien sabe si ella ha comprendido este idioma, y si agradece mi amor ó le desestima?

COSME.

A la fe que el tal lenguaje es un poco oscuro, si no le acompañan las palabras ó las letras.

D. ENRIQUE.

No sé qué hacer para salir de esta inquietud, y averiguar si me ha entendido y conoce lo que la quiero... Discurre tú algun arbitrio...

COSME.

Si, discurremos.

D. ENRIQUE.

A ver si se puede...

COSME.

Ya lo entiendo; pero aquí no estamos bien. A casa.

D. ENRIQUE.

¿Pues qué importa que...

COSME.

No ve V. que si el amigo estuviese ahí detrás de las persianas avizorándonos con el ojo que le sobra.... No, no, á casa... Y despacito, como que...

D. ENRIQUE.

Si, dices bien.

(Vanse los dos, encaminándose lentamente á casa de don Enrique.)